



## PRÓLOGO

Hay muchas reglas que un sacerdote no puede romper.

Un sacerdote no se puede casar. Un sacerdote no puede abandonar a su rebaño. Un sacerdote no puede romper la sagrada confianza que su parroquia ha depositado en él.

Reglas que parecen obvias. Reglas que recuerdo mientras me ato el cinturón. Reglas por las que prometo regir mi vida mientras me pongo la casulla y me ajusto la estola.

Siempre se me ha dado bien seguir las reglas. Hasta que apareció ella.

Me llamo Tyler Anselm Bell. Tengo veintinueve años. Me licencié en Lenguas Clásicas y tengo un máster en Teología. Llevo tres años en mi congregación y me encanta.

Hace varios meses rompí mi voto de celibato en el altar de mi propia iglesia y que Dios me perdone, pero lo volvería a hacer.

Soy sacerdote y esta es mi confesión.





## CAPÍTULO 1

No es ningún secreto que la reconciliación es el menos popular de los sacramentos. Tenía muchas teorías sobre el motivo: orgullo, impracticidad, pérdida de autonomía espiritual. Pero mi teoría principal era este puto confesionario.

Lo odié desde el momento en que lo vi: estaba anticuado, era de los años previos al Segundo Concilio Vaticano. Cuando era pequeño, mi iglesia en Kansas City tenía una sala de reconciliación, limpia, luminosa y bonita, con sillas cómodas y una ventana enorme que daba al jardín. Este confesionario era la antítesis de esa habitación: pequeño y formal, hecho de madera oscura y ornamentos innecesariamente recargados. No sufro de claustrofobia, pero este taburete podría provocármela. Crucé los brazos y le di gracias a Dios por el éxito de nuestra última colecta. Diez mil dólares más y podríamos convertir St. Margaret de Weston, Missouri, en algo parecido a una iglesia moderna. No más paneles de madera falsa en el vestíbulo. No más alfombra roja (admito que ayuda a disimular las manchas de vino, pero no colabora nada con el ambiente). Habría ventanas y luz y modernidad. Me asignaron esta parroquia porque tenía un

pasado oscuro... y yo también. Un lavado de cara no era suficiente para superarlo, pero quería demostrarles a mis feligreses que la iglesia podía cambiar. Crecer. Avanzar hacia el futuro.

—¿Tengo que cumplir una penitencia, padre?

Me había distraído. Uno de mis defectos, lo admito. Rezo todos los días para cambiarlo (cuando me acuerdo).

—No creo que sea necesario —dije. Aunque el separador no me permitía ver mucho, reconocí al penitente cuando entró en el confesionario. Rowan Murphy, profesor de Matemáticas y agente de policía aficionado. Ha sido el único penitente del mes y sus pecados van de la envidia (el director felicitó al otro profesor) a los pensamientos impuros (provocados por la recepcionista del gimnasio de Platte City). Aunque sé que algunas iglesias siguen cumpliendo las viejas reglas de la penitencia, yo no soy de los que aconsejan «dos avemarías y vuelve a verme mañana». Los pecados de Rowan venían de su estancamiento y ningún rosario bastaría para cambiarlo si no abordaba el problema de raíz.

Lo sé porque había estado en su posición.

Y, más allá de eso, me caía muy bien Rowan.

Era divertido de un modo astuto e inesperado, la clase de persona que podía invitar a un mochilero a dormir en su sofá y despedirlo a la mañana siguiente con comida y una manta nueva. Quería verlo feliz y tranquilo. Quería verlo desarrollar todas esas cosas tan geniales para construir una vida más feliz.

—Penitencia no, pero sí te tengo una pequeña tarea —dije—. Quiero que pienses en tu vida. Tienes una fe sólida, pero no tienes dirección. Además de la iglesia, ¿qué te apasiona? ¿Qué te hace levantarte por la mañana? ¿Qué le da significado a tus actividades cotidianas y a tus pensamientos?

Rowan no respondió, pero podía escucharlo respirar. Pensar.

Oraciones y bendiciones finales y Rowan se fue a acabar su jornada laboral. Y, si su hora de almuerzo había acabado, era porque también habían terminado mis horas de reconciliación. Miré el móvil para confirmarlo, me puse de pie, pero me detuve cuando oí la puerta del confesionario abrirse. Alguien entró y me volví a sentar conteniendo un suspiro. Tenía la tarde libre, algo extraño en mi rutina, y lo esperaba con ansias. Nadie más que Rowan venía a la reconciliación. Nadie. Y justo el día en que quería acabar pronto para aprovechar el clima perfecto...

*Concéntrate*, me ordené.

Alguien se aclaró la garganta. Una mujer.

—Yo, eh. Nunca he hecho esto. —Hablaba con voz baja y seductora, la representación auditiva de la luz de la luna.

—Ah. —Sonreí—. Una novata.

Conseguí hacerla reír un poco.

—Sí, supongo que sí. Solo lo he visto en las películas. ¿Aquí es cuando digo «Padre, perdóneme porque he pecado»?

—Cerca. Primero hacemos la señal de la cruz. *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...* —Podía oírla repitiendo junto a mí—. Ahora dime, tu última confesión fue...

—Nunca. —Terminó por mí. Parecía joven, pero no demasiado. De mi edad, quizá unos años menos. Y su voz no tenía el arrastre que a veces se oye por aquí, en el Missouri rural—. Yo, eh... Vi la iglesia desde la vinoteca de enfrente. Y quería... Bueno, hay unas cosas que me molestan. Nunca he sido especialmente religiosa, pero pensé que tal vez... —Arrastró las palabras por unos segundos y luego inhaló abruptamente—: Esto ha sido una estupidez. Debería irme. —La oí levantarse.

–Espera. –Me sorprendí a mí mismo porque nunca doy órdenes así. Bueno, ya no. *Concéntrate*. Se sentó y podía oírla jugar con su bolso–. No eres estúpida –dije con la voz más calmada–. Esto no es un contrato. No estás prometiendo venir a misa todas las semanas por el resto de tu vida. Este es un momento para hablar y que te escuchen. Yo..., Dios..., y tal vez tú misma. Has venido porque estabas buscando ese momento y yo puedo dártelo. Así que, por favor, quédate.

Respiró hondo.

–Es solo que... No sé si debería hablar de las cosas que me pesan. Mucho menos con usted.

–¿Porque soy un hombre? ¿Te sentirías más cómoda con una mujer?

–No, no es porque usted sea un hombre. –Oí la sonrisa en su voz–. Es porque es un sacerdote.

Decidí jugármela:

–¿Las cosas que te pesan son de origen carnal?

–Carnal –repitió–. Eso suena a eufemismo.

–Puedes ser tan ambigua como quieras. La idea no es que te sientas incómoda.

–El separador ayuda –admitió–. Es más fácil si no lo veo con, ya sabe, la sotana y eso, mientras hablo.

Me hizo reír.

–No tenemos que llevar la sotana todo el rato, ¿lo sabías?

–Ah, bueno, adiós a mi imagen mental. ¿Entonces qué lleva puesto, padre?

–Una camiseta negra de manga larga con el alzacuellos blanco. Ya sabes cuál. Como los de la televisión. Y vaqueros.

–¿Vaqueros?

–¿Tanto te sorprende?

La escuché apoyarse contra el separador del confesionario.

–Un poco. Es como si fuera una persona real.

–Solo los fines de semana de nueve a cinco.

–Genial. Me alegra saber que no vive en un congelador entre domingo y domingo.

–Lo intentaron. Mucha condensación. –Hago una pausa–. Y, si ayuda, en general llevo pantalones de vestir.

–Eso es mucho más acorde con la idea que tengo de un sacerdote. –Hay un largo silencio–. ¿Qué pasa si...? ¿Tiene gente que haya hecho cosas muy malas?

Pienso mi respuesta con cuidado.

–Todos somos pecadores a los ojos de Dios. Yo incluido. La idea no es hacerte sentir culpable ni categorizar la magnitud de tu pecado, sino...

–No me venga con esa mierda de seminario, padre –dijo, cor-tante–. Le estoy haciendo una pregunta seria. Hice algo malo. Muy malo. Y no sé cómo seguir.

Se le rompió la voz en la última palabra y, por primera vez desde que tomé los hábitos, sentí la necesidad de ir hacia el otro lado del confesionario y abrazar a la penitente. Algo que hubiera sido posible en una sala de reconciliación más moderna, pero sería alarmante e incómodo en este antiguo confesionario de la muerte.

En su voz... había un dolor real, e incertidumbre y confusión. Y yo quería ayudarla.

–Necesito saber que todo va a estar bien –continuó despacio–. Que voy a poder seguir adelante.

Sentí un pinchazo en el pecho. ¿Cuántas veces había susurrado esas palabras al techo de la rectoría acostado en la cama, sin poder

dormir, consumido por los pensamientos de lo que podría haber sido mi vida? Necesito saber que todo va a estar bien.

¿No era lo que todos queríamos? ¿No era ese el grito mudo de nuestras almas rotas?

Cuando volví a hablar, no me molesté en ir a los tópicos o soltar consuelos espirituales. En cambio, dije con seguridad:

–No sé si todo va a estar bien. Tal vez no. Tal vez pienses que no puedes caer más bajo y luego mires un día y te des cuenta de que todo ha empeorado mucho. –Bajé la vista a mis manos, las manos que habían bajado a mi hermana mayor de la soga después de que se colgara en el garaje de mis padres–. Tal vez no puedas salir de la cama por las mañanas. Quizá ese momento nunca llegue. Lo único que puedes hacer es intentar encontrar un nuevo equilibrio, un nuevo punto de partida. Encontrar el amor que queda y aferrarte a eso. Y un día las cosas serán menos grises, menos sosas. Un día tal vez descubras que vuelves a tener una vida. Una vida que te hace feliz.

Podía oírla respirar, corto y profundo, como si estuviera intentando no llorar.

–Yo... Gracias –dijo–. Gracias.

Ahora no quedaban dudas de que estaba llorando. Podía oírla agarrar pañuelos de la caja que había en el confesionario. Podía percibir un atisbo de sus movimientos a través del separador, lo que parecía un cabello brillante y el blanco pálido de su rostro.

Una parte primitiva de mí quería oír su confesión, pero no para poder ofrecerle un consejo y un consuelo más específico, sino para saber exactamente cuáles eran los pecados carnales por los que esta chica tenía que pedir perdón. Quería escucharla susurrar esas cosas con la voz entrecortada, quería cogerla en mis brazos y limpiarle las lágrimas con besos.



Dios, quería tocarla.

¿Qué me pasaba? Hacía tres años que no deseaba a una mujer con esta intensidad. Y ni siquiera le había visto la cara. Ni siquiera sabía su nombre.

–Me tengo que ir –dijo–. Gracias por lo que me ha dicho, padre. Ha sido... muy preciso. Gracias.

–Espera. –Pero la puerta del confesionario se cerró y se fue.



Pensé todo el día en mi penitente misteriosa. Pensé en ella mientras preparaba la homilía para la misa del domingo. Pensé en ella mientras dirigía la reunión de estudios de la Biblia para hombres y mientras rezaba mis oraciones por la noche. Pensé en ese atisbo de pelo oscuro, en esa voz ronca. Algo en ella... ¿Qué era? No me convertí en un ente cuando tomé los hábitos; sigo siendo un hombre. Ese hombre al que le gustaba mucho tener sexo antes de oír el llamado de Dios.

Y sigo mirando mujeres, claro, pero me he vuelto muy bueno alejando mis pensamientos del ámbito sexual. Durante estos años, el celibato se ha convertido en un tema controversial en el sacerdocio, pero yo he seguido siendo muy cuidadoso. En especial teniendo en cuenta lo que pasó con mi hermana y con esta congregación antes de que yo llegara.

Era fundamental que yo fuera la cumbre de la moderación. Que fuera la clase de sacerdote que inspirara confianza. Y eso implicaba que fuera recatado tanto en público como en privado en lo que respecta a la sexualidad.

Así que, aunque su risa ronca resonara en mis oídos durante el resto del día, oculté firme y deliberadamente el recuerdo de su voz y seguí con mis deberes con la única excepción de rezar uno o dos rosarios de más por esa mujer, pensando en su ruego. «Necesito saber que todo va a estar bien».

Deseaba que, donde estuviera, Dios la acompañara, la consolara igual que me había consolado a mí tantas veces.

Me quedé dormido con las cuentas del rosario apretadas en el puño, como si fuera un amuleto que pudiera protegerme de pensamientos indeseados.



En mi pequeña y envejecida parroquia suele haber uno o dos funerales por mes y cuatro o cinco bodas al año, misa casi todos los días y más de una los domingos. Tres veces por semana dirijo el encuentro de estudios de la Biblia, una noche por semana me junto con el grupo de jóvenes y todos los días excepto los jueves estoy disponible durante el horario de oficina para que los fieles puedan visitarme. También corro varios kilómetros todas las mañanas y me obligo a leer cincuenta páginas de algo que no esté relacionado con la Iglesia ni la religión ni nada por el estilo.

Ah, y paso mucho tiempo en el Reddit de *The Walking Dead*. Demasiado. Anoche me quedé despierto hasta las dos discutiendo con algún barbudo si se podía o no matar a un zombi con la columna vertebral de otro. Es obvio que no, considerando la degradación ósea de los caminantes.

La cuestión es que, para ser un hombre de fe en un tranquilo pueblo turístico del centro del país, estoy bastante ocupado, así que me sorprendió que la mujer regresara a mi confesionario la mañana siguiente.

Rowan acababa de irse y de nuevo estaba listo para ponerme de pie cuando escuché que se abría la otra puerta y alguien entraba al confesionario. Creí que podía ser Rowan: no hubiera sido la primera vez que regresaba porque se había olvidado de contarme algún pecado leve.

Pero no. Era esa voz ronca conocida, la voz que había inspirado mi rosario extra.

–Yo otra vez –dijo la mujer con una risa nerviosa–. ¿La no católica?

–Me acuerdo. –Las palabras me salieron más profundas de lo que quería, más apretadas. Un tono que hacía mucho tiempo que no usaba con una mujer.

–Ah –dijo. Parecía un poco sorprendida, como si de verdad no esperara que la recordara–. Me alegro. Creo.

Se movió un poco y, a través del separador, vi rastros de la mujer que había al otro lado: pelo oscuro, piel blanca, un atisbo de lápiz labial rojo.

Yo también me moví un poco, inconscientemente, mi cuerpo de pronto estaba alerta a todo. Los pantalones de sastre (un regalo de mi hermano empresario), la dura madera del banco, el alzacuellos, de repente todo se sentía demasiado apretado.

–Usted es el padre Bell, ¿no? –preguntó.

–El mismo.

–Vi su fotografía en la web. Me pareció que iba a ser más sencillo si sabía su nombre y su apariencia. Ya sabe, más parecido a hablar con una persona y no con una pared.

—¿Y es más fácil?

Vaciló.

—La verdad es que no —dijo, pero no profundizó y yo no insistí, sobre todo porque estaba intentando alejarme de los deseos imposibles que invadían mi mente.

*No, no puedes preguntarle cómo se llama.*

*No, no puedes abrir la puerta para verla.*

*No, no puedes pedirle que solo hable de sus pecados carnales.*

—¿Estás lista para empezar? —le pregunté, intentando redirigir mis pensamientos al tema en cuestión: la confesión.

*Sigue el guion, Tyler.*

—Sí —susurró—. Estoy lista.